

# CUENTO

ANTONIO VIVAS

## EL OCASO DE UN CERAMISTA

José Cantarero del Monte había vivido una vida muy apasionada con la cerámica, aunque además de ceramista sentía una gran pasión por la escultura y la pintura, habiéndole dedicado mucho tiempo a estas disciplinas artísticas durante su dilatada existencia. La cerámica, igual que la pintura o la escultura son ciertamente complicadas, demandando una gran energía y dedicación, pero son entornos artísticos para dar un significado a una vida como la de Cantarero, luchando durante décadas, incluidas las dedicadas a compartir sus conocimientos como profesor y por eso pensaba que el éxito es seguir con entusiasmo, un fracaso tras otro.

Con el paso del tiempo y habiendo superado los setenta años, notaba que ya no tenía el mismo control sobre una vasija en el torno, sobre todo con un estrecho cuello, cada vez más le costaba amasar las mismas cantidades de barro que antes, sobre todo para seguir haciendo grandes obras cerámicas en terracota o grandes murales, la pintura parecía accesible como siempre pero fue dedicándole menos tiempo.

Su filosofía de vida era como la de los músicos del Titanic, no rendirse nunca y luchar hasta el final, las artes le habían recompensado emocionalmente siempre, ya que pensaba que la gacela debe estar corriendo cuando el león se levanta.

Muchos de sus proyectos vitales habían sucumbido ante enormes dificultades o la intolerancia del entorno, recordaba cómo le habían denunciado por cocer un horno de leña en un pueblo de la sierra de Madrid, en la segunda cocción los de la calle del pueblo donde estaba el horno en un patio le insultaron y quisieron lincharlo, era la época del Franquismo y el alcalde le dijo que entregara las llaves de la casa alquilada en la Guardia Civil. Con los ladrillos construyó un horno en otro pueblo, pero el alfarero lo tiro para usar los ladrillos, lo de Uno a uno somos mortales, todos juntos somos eternos, quedaba un poco como las pintadas tan voluntariosas del Mayo del 68 en Paris con frases como “La playa esta debajo de los adoquines”.

Recordaba la enorme pérdida de ilusión de Beethoven cuando se quedo sordo y no podía oír su propia música, Van Gogh era un genio pero al final su equilibrio emocional quedó algo perdido, otros genios como Mozart o Kafka vivieron casi en la miseria, igual se podría decir de Paco Durrio que murió en un miserable asilo en 1940 en Paris.

José Cantarero veía como se iba apagando cada vez más, todo le costaba un esfuerzo enorme, pero lo peor estaba por llegar, al avanzar una enfermedad que le afectaba a la movilidad y al quehacer diario, no veía con ilusión acabar sus días en una residencia de ancianos, algo que cuando era joven solía bromear con el nombre “Los Prados Soleados”. La vida sin el arte o la cerámica empezaba a no tener sentido, lo que le llevo a considerar el suicidio, antes de convertirse en un vegetal, alguien sin ilusión, olvidando todo lo mucho que sabía de cerámica y arte, pero su sentido de la ironía no se rendía nunca y pensaba jocosamente, que algún día podía pensar que Nefelina Sienita es el nombre de un chica italiana.

Como amante del bosque cercano a su casa pensó en suicidarse cortándose las venas con un cuquillo, por supuesto, un cuchillo de cerámica, que nunca pierden el filo.

Ya en la soledad del bosque cercano veía pasar su dilatada vida como una proyección rápida, con la ironía de siempre pensaba que al alcanzar el Cielo, San Pedro le iba a preguntar porque no hizo la patena de porcelana que le pidió un cura, mandándole al Infierno, allí había mucho fuego para cocer cerámica pero el barro escaseaba, aunque las cenizas podrían valer como sustituto.

Cuando tenía todo lista para suicidarse oye los ladridos de unos perros, que rodeaban a una oveja atrapada en las zarzas, el pastor pronto apareció y libero a la oveja y siguió su camino con el rebaño, entonces Cantarero se dio cuenta que el pastor era ciego, lo que cambio su propósito de suicidarse y le dio muchas fuerzas para no rendirse nunca y volver a la cerámica como en los viejos tiempos, un renacimiento emocional de enorme vitalidad.

CUENTO DE ANTONIO VIVAS